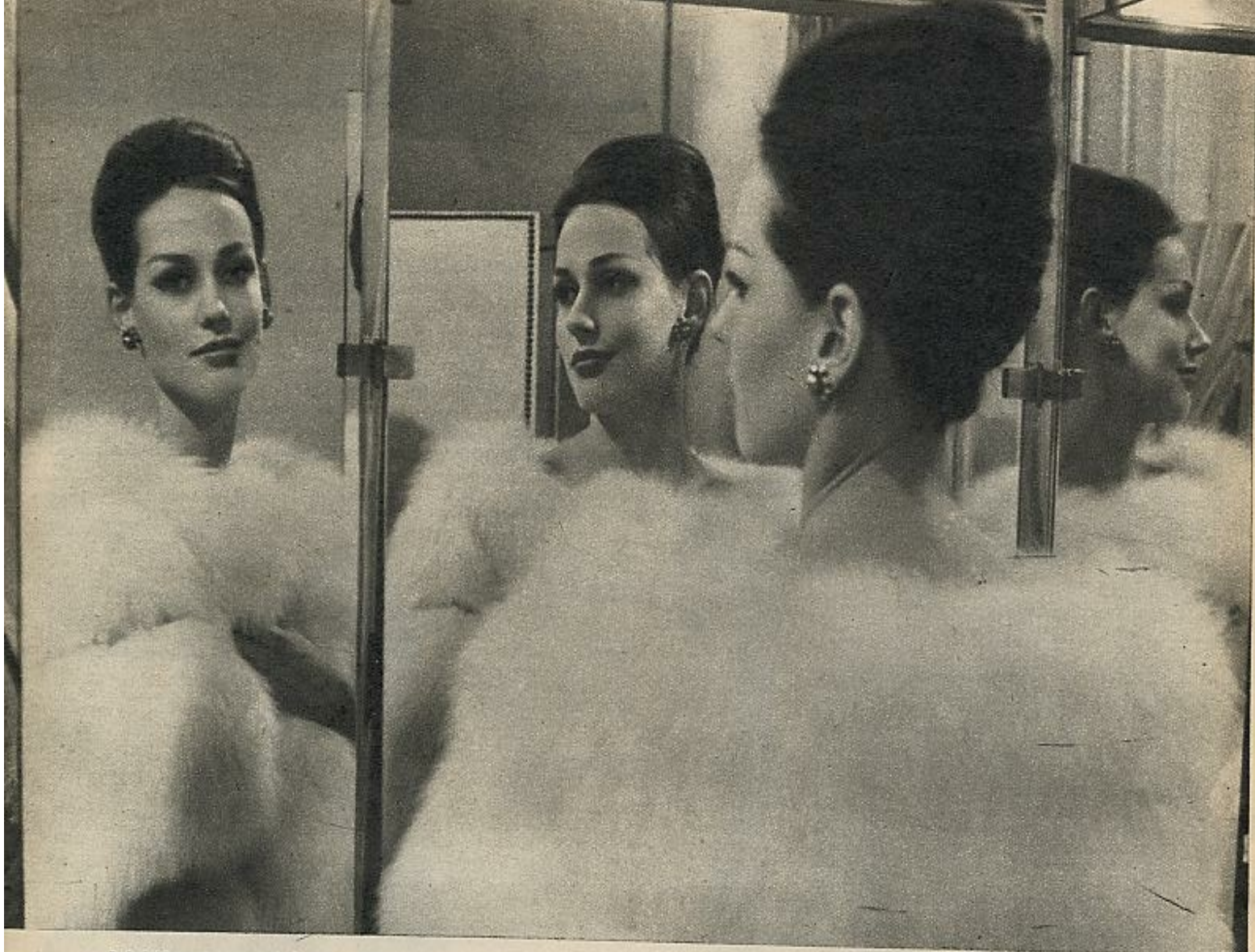
A black and white photograph of a woman sitting in a barn, surrounded by sheep and lambs. She is holding a small lamb in her lap. The barn has a wooden structure with a thatched roof. The text "DE LOS CAMPOS DE AUSTRALIA A LOS SALONES DE LA MODA EN PARIS" is overlaid in red at the top of the image.

# DE LOS CAMPOS DE AUSTRALIA A LOS SALONES DE LA MODA EN PARIS

En los tiempos del rancho, cuando era feliz entre los carneros, pensando sólo que le gustaría comprar sus ropas personalmente en París





Indudablemente —¿verdad, Elizabeth?— el visón, visto desde cualquier ángulo, es preferible a la lana, aunque esta sea de Australia

**E**LIZABETH Cox tiene veinte años. Elizabeth es alta, esbelta; sus ojos son grandes y azules como mares; sus cabellos son rubios, sedosos, envidiados. Elizabeth era una especie de reina en el gran rancho de su padre, allá en Queen's Land, en su Australia natal. No le faltaba nada, pero ella tenía un solo deseo, un viejo y querido deseo: comprar personalmente sus vestidos en París. La firmeza de sus propósitos y su carácter decidido se han puesto de manifiesto ahora, cuando ha recorrido medio mundo para satisfacer sus gustos. En su rancho hay verdaderas manadas de carneros, de esos carneros cuya lana tienen fama en el mundo; ella prefiere los visones a los carneros; como todas las mujeres, sin duda. Y de pronto, inesperadamente, el modista parisense Miguel Herreras se encuentra desde hace unos días con una encantadora maniquí más, mientras que un ganadero australiano no acaba de comprender lo que pasa por la cabeza de su hija.

Hace seis meses, Elizabeth abandonó el rancho de su padre, dejándole solo entre sus carneros. A las dos semanas de su partida le remitió una carta, fechada en Venecia, explicándole que en el viaje había decidido emprender un

pequeño «tour» por Europa antes de ir a comprar sus vestidos en las grandes casas de modas de París. Desde entonces, el señor Cox recibió cartas desde Alemania, Austria, Inglaterra... Un tanto asustado, el ganadero australiano siguió así durante seis meses el periplo europeo de su hija.

—He hecho mucho «auto-stop» —explicaba Elizabeth— para hacer economías en previsión de las compras que haré en París.

Bruscamente, las cartas cesaron de llegar al gran rancho de Queen's Land. La muchacha había entrado en casa de Miguel Farreras para comprar un vestido. Pero ese día, precisamente, el modista recibía una serie de candidatas a maniquí que estaban allí para hacer las pruebas. Elizabeth no lo pensó un segundo y se unió a ellas con la excitación de la duda. Pero Farreras, que es de origen cubano y además está casado con una inglesa —él solo juzga por el «encanto británico»— no ha necesitado pensarlo, y sobre el terreno ha aceptado rápidamente a esta candidata de última hora. Elizabeth ha empezado su aprendizaje con verdadero entusiasmo. Ahora ha enviado un telegrama a su padre explicándole su estado de ánimo.

—Tengo la intención de quedarme en París algún tiempo.

Pero en realidad esto solo es el principio. Ahora es feliz presentando fastuosos abrigos de visón y lujosos vestidos; más tarde dará

la vuelta al mundo. El aire de París proporciona a veces estos anhelos.

(Fotos ALAIN RETSIN, de Europress)



Elizabeth ha iniciado su aprendizaje con verdadero entusiasmo. El encanto de la joven australiana le abrió de par en par las puertas de una famosa casa de modas, y ahí está feliz con su nueva e inesperada profesión